



Existen dos clases de personas en el mundo: las que viven la vida como si fuera una película y las que, como yo, nos conformamos con imaginarnos dentro de una película cuando vamos al cine o vemos una serie en casa. En mi mente (y en el salón de casa de mis padres) he sido Bella cuando besaba por primera vez a Edward en *Crepúsculo* (nunca he sido Bella en la segunda parte de *Amanecer*, creo que eso debo dejarlo claro ahora mismo), he bailado con Channing Tatum en *Step Up* y he tocado los abdominales de Thor, con permiso de su señora y de sus preciosos niños rubitos. Dejando a un lado que debería ir más a menudo al cine o que, según mi mejor amiga, mi hermana y básicamente todos mis ex profesores de la facultad de periodismo y comunicación audiovisual, tengo un gusto pésimo y anclado en la adolescencia, a mí nunca me suceden cosas de película.

Nunca.

Jamás.

Y la verdad es que me parece bien.

Si alguien me hubiese encañonado con un arma y me hubiese preguntado qué escena me gustaría vivir en primera persona, le habría dicho que cualquiera de *Love Actually* o de *Princesa por sorpresa* me iba bien. Incluso me habría conformado con alguna escena de esas películas de los ochenta o de los noventa que mi hermana mayor se empeñaba en obligarme a ver con ella cuando aún vivía en casa. En realidad, lo más probable es que si un chico se hubiese plantado bajo mi balcón para darme una serenata, yo hubiese salido de la cama y le habría insultado porque no me dejaba dormir.

A mí no me ocurren cosas de película, ni en mi imaginación soy capaz de creer que podrían sucederme. Tampoco sabría elegir qué película me gustaría protagonizar, ¿una de Ryan Gosling? Sí, probablemente esa sería la opción más acertada. Sería ir sobre seguro.


Hoy es casi el último día del año, estamos a treinta de diciembre y soy de las pocas pringadas que está trabajando. En la revista apenas queda nadie y hace una hora mi mayor problema era que no sabía qué ponerme mañana. Hasta que he decidido mirar el móvil y perder unos minutos curioseando por las redes.

Rubén me ha dejado por Instagram.

Por Instagram. Esto no lo he visto en ninguna película. Me está pasando de verdad.

No puede ser.

Rubén es mi novio, o ex novio según el texto que hay bajo la foto que acaba de colgar, una imagen de sus maletas delante de la puerta abierta de mi piso, el piso al que él se mudó hace cuatro meses porque acabó el contrato del suyo:

«Hoy termina una etapa. Voy a perseguir mis sueños.
#Elprimerdiadelrestodemivida  #Surfismylife #NewBegginnings #GraciasCandela 😊 #AdiósCandela».

La foto tiene veinte «me gusta» y cuatro comentarios, todos de sus amigos dándole ánimos para superar este momento y animándole a seguir adelante. Esto no puede estar pasándome, seguro que sigo dormida o que todo se trata de una de esas bromas de Rubén que nunca consigo entender.

El artículo sobre los signos del zodiaco sigue a medio escribir frente a mis narices, tengo que terminarlo antes de las tres si no quiero que el lunes Marisa me persiga; me dijo que lo quería a primera hora sin falta. Aunque dudo que alguien eche en falta «¿Llevas el perfume que mejor encaja con tu horóscopo?» Los perfumes que tienen


que aparecer en el artículo están esparcidos por mi mesa y la verdad es que hay uno que me ha gustado mucho y no, no es el que encaja con mi horóscopo según la lista que me ha pasado mi jefa, que, digo yo, está atravesando una fase muy espiritual. Ayer, cuando me dijo que quería el artículo, no le pregunté de dónde había sacado la información; acepté la caja con los perfumes y me la llevé a mi cubículo. Antes de ponerme con los perfumes tenía que terminar dos artículos más, así que salí tarde del trabajo. Cuando llegué a casa, Rubén salía de la ducha y me sonrió, me cogió de la mano y me llevó al dormitorio. No fue memorable, pero estuvo bien; al terminar me dijo que parecía cansada y me dio un masaje en la espalda. No preparó la cena, Rubén está convencido de que morirá si algún día toca una sartén o algo por el estilo, pidió dos pizzas (sus dos preferidas, aunque a mí no me importa) y nos las comimos en el sofá viendo la tele.

No me dijo nada sobre que quisiera irse. Dijo que estaba harto del trabajo (Rubén es programador de videojuegos) y que sus padres tal vez visitarían Barcelona dentro de unos meses. Tampoco me ha dicho nada esta mañana, ni siquiera se ha despertado cuando yo me he ido a trabajar.

Intento seguir con el artículo. Según la lista, si eres libra, eres dulce, romántica y sensual, y te gustan los perfumes afrutados. No sé cómo escribir esto sin que suene a estupidez, por eso he cometido la temeridad de mirar Instagram, porque quería distraerme un poco y ver si así conseguía inspirarme.

Como si hiciera falta inspiración para escribir este artículo.

Tal vez todo ha sido culpa de los perfumes, los he estado olfateando durante más de veinte minutos. Quizá me he mareado y no he leído bien el texto de Rubén.

«Hoy termina una etapa. Voy a perseguir mis sueños. #El-primerdiadelrestodemivida  #Surfismylife #NewBeginnings #GraciasCandela 😊 #AdiósCandela»

Sigue diciendo lo mismo, pero ahora hay un nuevo comentario de CarmenChicaBoom:

«Me alegra ver que nuestra charla te ha ayudado. Tú puedes, campeón 🥰.»

Odio a Carmen. Bajo la pantalla, veo una foto de mi primo y me encuentro con la foto de una bloguera que dice estar superfeliz con sus zapatos nuevos. Dejo de seguirla y vuelvo a buscar la foto de Rubén. Él ha escrito, ha respondido a Carmen:

«Sí!!!! Gracias, guapísima 🤩. De camino al aeropuerto.»

Me tiembla la mandíbula, es de rabia, no voy a ponerme a llorar. Tiene que haber una explicación. Es imposible que Rubén me haya dejado por Instagram. Imposible, aunque una vocecita en mi interior insiste en que es típico de Rubén no dar la cara y utilizar estas tácticas teatrales.

En un impulso, llamo a Rubén y me acerco el móvil a la oreja.

—¡Hola, Candela!

Ha contestado enseguida y parece contento.

—He visto tu foto en Instagram. —Sueno tan atónita como me siento. De hecho estoy tan confusa que apenas tengo voz.

—Ah, bueno, sí. No sabía si colgar esa o colgar una del aeropuerto.

—¿Qué está pasando, Rubén?

—He dejado el trabajo. Me voy a Argentina.

Suerte que estoy sentada.

—¿De vacaciones?

—No creo. Alégrate por mí, Cande. Voy a dejar toda esta mierda atrás, toda esta mediocridad.

—¿Y qué soy yo, una mierda o una mediocridad?

—Ay, nena, no te lo tomes así. No me refería a ti. Mira, tengo que colgar, estoy en la cola de los pasaportes y ya casi me toca.

Me cuelga. Ni siquiera puedo gritarle o insultarlo. No se ha disculpado, no me ha dado ninguna explicación. Dejo el teléfono con tanta fuerza encima de la mesa que lo miro para asegurarme de que no lo he roto, ahora solo me faltaría cargarme el móvil. Suelto el aliento, no voy a llorar, no quiero llorar en el trabajo. Cierro los ojos, el ruido de los teclados de mis compañeros, las conversaciones, las ruedas de las sillas deslizándose por el suelo siempre me ha parecido muy molesto, pero hoy ni siquiera lo oigo.

—¡Candela, oh Dios mío, Candela! —Es Abril que aparece corriendo por el pasillo de la oficina. Lleva el móvil en la mano y tiene los ojos, ya grandes de por sí, abiertos como platos—. ¡Acabo de ver la foto de Rubén! Dime que es una broma. Ese tío no puede haberte hecho un Instabye.

No sé si esa palabra existe o si Abril acaba de inventársela. Me resisto a creer que haya un nombre para que te dejen por Instagram. Es demasiado patético... tanto como para creer que ostento el dudoso honor de ser la primera.

—No es una broma —contesto.

—Voy a matar a ese cabrón con mis propias manos. Hay que ser muy mierda para dejar a tu novia por Instagram. «Adiós, Candela» te suelta. ¿Se puede ser más imbécil? Estás mejor sin él.

Intento sonreírle, Abril es una de las pocas fotógrafas en plantilla de la revista y creo que consiguió esa hazaña porque a los dieciocho años empezó a trabajar para la primera revista del grupo Olimpo y nunca se ha ido. Además, dicen que tiene cierta amistad con la familia Barver, los propietarios, pero ella no me lo ha confirmado. Es lo más parecido a una amiga que tengo. Nos llevamos diez años y creo que en realidad ella siente que me adoptó cuando nos conocimos el primer día en recepción. No sé qué haría sin ella.

—Tengo que acabar este artículo.

—¿Cómo que tienes que acabar un artículo? Tu novio acaba de dejarte por Instagram, tienes que ir tras él y arrancarle los huevos.

Abril consigue hacerme sonreír.

—Está en el aeropuerto. —Miro la hora en la pantalla del ordenador—. Ya ha pasado el control de pasaportes.

Abril coloca las manos en los reposabrazos de mi silla, las pulseiras que lleva en el brazo izquierdo casi le llegan al codo y suenan como campanillas. Gira la silla y se agacha hasta que su nariz queda a escasos centímetros de la mía. No dice nada y yo me distraigo observando la ralla tan perfecta de *eyeliner* azul cobalto.

—Acaba el dichoso artículo. Vengo a buscarte dentro de una hora. Nada de excusas. Estamos a treinta de diciembre, joder, casi todo el mundo está de vacaciones. Una hora, Candela.

Me gira la silla hacia el ordenador y se va por donde ha venido con la misma rotundidad con la que ha llegado. Intento concentrarme en las letras de la pantalla cuando noto un escozor en los ojos. No, no puedo llorar aquí.

No voy a llorar aquí.

Me levanto y aprieto el botón para apagar el ordenador.

—¡Abril! —No grito demasiado, el nombre de mi amiga suena fuerte porque apenas hay nadie. Ni siquiera Marisa, mi jefa, esa que dice necesitar este artículo con urgencia, está hoy en la revista—. Tengo que salir de aquí.

—Claro, vámonos ahora mismo. —Abril contesta a mi lado y noto que me empuja suavemente por el codo hacia delante—. Yo te cojo el abrigo y el bolso.

Tengo suerte de tener a Abril conmigo, si no hoy habría roto mi regla sobre no llorar en el trabajo. Rubén ha cortado conmigo por Instagram. ¿Seré la primera a la que pasa algo así? ¿Habrá alguien en el mundo más patético que yo? Ahora que lo pienso, ni siquiera me ha dejado, no ha tenido la valentía de decírmelo... Y no puedo evitar

sentirme como una idiota; llevo meses pagando el alquiler e intentando no agobiarlo y apoyándolo en el trabajo.

El ascensor abre las puertas y la música navideña que suena en el vestíbulo me coge desprevenida. Abril me pone el abrigo como si yo fuera una niña pequeña y me coge de la mano para tirar de mí hacia fuera. Quizá todo esto no está pasando, pienso, hasta que una señora me golpea el codo con una caja enorme.

—Perdón —farfulla desde detrás de los paquetes.

—No pasa nada.

Me duele, me ha dado justo en ese lugar que te hace sisear y ver las estrellas durante unos segundos. Pero me ha dado una excusa para soltar una lágrima y por eso no le digo que se fije por donde va. Aunque yo no soy de la clase de chica que dice esas cosas.

No. Yo soy de la clase de chica a quien se puede dejar por Instagram y tratar como si no importase, pienso de repente al recordar los *hashtags* de Rubén.

¿Por qué? ¿Cuándo decidí convertirme en esta chica tan... tan prescindible? Yo no soy así, no me siento así.

—Entra aquí.

Abril abre la puerta de un local precioso que hay cerca de la editorial.

La revista donde las dos trabajamos, *Gea*, ocupa la cuarta planta del edificio de la empresa; estamos entre la tercera, donde se encuentra el departamento contable de todo el grupo, y la quinta, donde están los abogados y el departamento de recursos humanos. Siempre he pensado que no sabían dónde ponernos y que no fueron nada originales al elegir el nombre de la revista. *Gea*, la diosa Tierra del Olimpo. ¿Cómo la habrían llamado si el grupo en vez de Olimpo se hubiese llamado Macedonia? ¿Fresa? ¿Sandía? No, sandía no, sonaría ridículo.

—¿Qué quieres beber?

La pregunta de Abril me sorprende y de repente veo que estoy sentada en una butaca de cuero. El interior del Boca Grande es tan

bonito y apabullante como se intuye desde fuera, aunque a estas horas se encuentra casi vacío.

—Agua.

Abril me mira, abre la boca, la cierra y se dirige al camarero que está de pie esperando junto a nuestra mesa.

—Dos *gin-tonics*.

—Por supuesto, señorita, ¿qué ginebra...?

—Me da igual. Nos da igual. —Abril lo interrumpe y el chico calla algo abrumado. Abril suele producir este efecto, tengo ganas de consolarlo—. La que tú quieras —le sonrío, probablemente para compensarlo por no haberle dejado recitar la carta de ginebras y de tónicas.

—Gracias por sacarme de la revista.

—No digas tonterías, Cande. Dame tu teléfono.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que llames a Rubén o que le contestes cuando te llame para pedirte perdón.

—No va a pedirme perdón.

—Tú dame el teléfono.

—Aunque llamase, no le contestaría —me defiendo, pero aun así meto la mano en el bolso en busca del móvil. Abril está tan decidida que es mejor hacerle caso y es obvio que a ella todo esto se le da mucho mejor que a mí. Creo que nunca la he visto llorar por un hombre—. ¿Has estado alguna vez enamorada, Abril?

—Joder, Cande, creía que te pondrías filosófica después de la tercera copa.

—Contéstame.

—¿Lo has estado tú?

Tengo el sí en la punta de la lengua, pero entonces aparece el camarero con nuestros dos *gin-tonics* y me callo. Mientras él le cuenta a Abril qué ginebra y qué tónica ha elegido y le sonrío embobado, me pregunto si de verdad puedo contestarle que sí a Abril. ¿Alguna vez he estado enamorada? Oh, Dios mío, creo que no.

Levanto la copa y bebo hasta vaciarla por la mitad.

—¿Estás bien, Cande? —La cabeza de Abril aparece por el lado izquierdo del camarero que sigue aquí hablando con ella—. ¿Hoy has comido algo, verdad?

—Sí. —Termino el *gin-tonic* antes de ponerme a balbucear—: Quiero otro.

—Por supuesto, señorita.

Ojalá todo fuera tan fácil como pedir una copa.

—Aún no puedo creermelo que Rubén...

—No quiero hablar de eso —la interrumpo.

—¿Qué quieres hacer? ¿Quieres que vayamos al aeropuerto? Podemos comprar un billete a cualquier parte, pasar el control de pasaportes y buscar a Rubén dentro.

No está bromeando, lo dice completamente en serio. Eso también sería una escena de película.

—No, no quiero ir al aeropuerto.

El camarero reaparece con mi segunda bebida. La acepto y me la acerco a los labios pensativa.

—Tienes que hacer algo, Cande, no puedes quedarte como si no hubiera pasado nada. Rubén te ha dejado con una foto de mierda en Instagram.

Sé que tiene razón, sé que la estoy asustando, si estuviera llorando histérica o me hubiese subido a un taxi y hubiese perseguido a Rubén hasta el aeropuerto, Abril estaría mucho más tranquila. La cuestión es que Abril no es la única que está asustada, yo también lo estoy, siento tanta rabia que tengo miedo de empezar a soltarla.

Quizá cuando lo haga no podré parar.

—Disculpe, ¿camarero?

El chico, que bien podría protagonizar el anuncio de cualquiera de los perfumes del dichoso artículo que tengo a medias, se da la vuelta.

—¿Sí?

—¿Puede traerme otro?

Él y Abril me miran confusos, será porque la copa que sujeto en la mano aún está llena. Voy a solucionarlo. Me bebo ese segundo *gin-tonic* y dejo el vaso en la mesa.

—¿Puede traerme otro, por favor?

—Claro.

—Que sean dos más —añade Abril apresurándose a terminarse el suyo—. No voy a dejarte hacer esto sola, Candela.

—¿Sabes cuál es el problema de este país? —le pregunto a Abril media hora (y otra bebida cuyo nombre no recuerdo) más tarde.

—¿La crisis? ¿El futbol? ¿Los políticos?—Me pregunta mientras lee algo en el móvil. Quizá debería gritarle y exigirle que me prestase atención, pero si discuto con Abril seguro que me pondré a llorar como una magdalena.

Me resigno y respiro hondo para intentar calmarme. En el rato que llevamos aquí apenas ha entrado gente, me imagino que todo el mundo está ocupado con las compras navideñas o con las preparaciones de la cena de Nochevieja. Abril y yo seguimos en nuestra mesa. Yo estoy en una butaca muy cómoda, es de cuero y cada vez que me muevo hace un ruido que me recuerda a mi abuelo. Me he quitado los zapatos y estoy sentada como una india. Manuel, nuestro amable camarero, me ha mirado raro, pero como le está tirando los tejos a Abril no me ha dicho nada.

—Los hombres. Los hombres son el mayor problema de este país. De hecho, los hombres *son* el problema de este país.

—¿Solo los hombres?

—Bueno, supongo que alguna que otra mujer también, hay mucha zorra suelta, como Carmen, por ejemplo.

—¿Quién es Carmen?

Alargo el brazo hacia la mesa y desbloqueo el móvil para enseñarle el comentario que Carmen ha dejado en la foto de Instagram de Rubén.

—Vaya zorra —afirma Abril—, odio a esta clase de mujeres.

—¿Qué clase?

—Esta clase.

En otras circunstancias insistiría, las teorías de Abril siempre consiguen animarme, pero hoy no. Además, quiero terminarme la copa que tengo en la mesa y seguir con mi discurso. Bebo un poco más, todo lo que me queda, y le hago señas a Manuel para que me traiga otra.

—Como te iba diciendo... —Soplo un mechón de pelo que me cae frente a los ojos. Durante un segundo me molesta comprobar lo liso y castaño que es mi pelo, lo observo como si no lo hubiera visto nunca. Quizá a las chicas con el pelo rizado y color fuego no les pasan estas cosas. No, sacudo firmemente la cabeza, lo que me ha pasado no es culpa mía. No es culpa mía—. Como te iba diciendo, el problema de este país son los hombres.

—Los hombres, ni más ni menos.

—¿Te parece poco? Si no fuera por ellos, todo nos iría de puta madre, Abril. Los hombres tienen la culpa de todo lo que nos sucede.
De todo.

—Hombre, alguno habrá que se salve, ¿no?

—No, ninguno. Ni siquiera Manuel. —Señalo al camarero que se aleja algo confuso tras dejar mi nueva bebida encima de la mesa—. No se salva ninguno. Todos están tarados, Abril, piénsalo. —No espero a que me conteste y sigo hablando—. El tío que no tiene complejo de Peter Pan, está enamorado de su madre; el que no tiene miedo al compromiso, está buscando una chacha; el otro es tan narcisista que solo se quiere a sí mismo. No existe ni un tío normal, ni uno, te lo digo yo. No estoy diciendo que todos tengan que ser perfectos, pero, bueno, joder, es que no hay ninguno que llegue al cinco.

—Creo que estás exagerando un poco...

—¡No me digas que exagero! Piénsalo bien, Abril. Piénsalo. ¿Cuándo fue la última vez que una de nosotras salió con alguien que nos

antepusiera a lo que él quería, a sus necesidades, a sus caprichos? ¿Cuándo? Los hombres son unos egoístas, unos cobardes, unos vagos. Niños que no crecen nunca y, si lo hacen, es para utilizarnos. Mira el marido de mi hermana, por ejemplo, ¿parece buen tío, no? Pues no lo es, ahora a Pedro le ha dado por el *running*, que es salir a correr de toda la vida, pero con nombre idiota, y sale cada noche después del trabajo y mi hermana se queda con las niñas.

—Quizá ellos...

—No me interrumpas. Me imagino que lo han hablado, mi hermana no es tonta, la cuestión es que si Marta quisiera salir cada tarde a hacer algo, él habría montado un circo, habría llamado a su madre y cada vez que nos viéramos nos recalcaría a todos lo buen marido que es por hacerse cargo de las niñas. En cambio Marta lo hace y ya. Punto. No pide ninguna medalla. —Chasqueo los dedos—. Somos unas idiotas. ¿Sabes que Rubén no me pagaba alquiler? Y yo callaba porque no quería agobiarlo porque sabía que no estaba muy bien en el trabajo.

—Cande...

—No, no me consueles. Es culpa mía por no haberme dado cuenta antes de que él era un imbécil. Como todos. Es que no hay ninguno normal. En este país no hay ningún hombre que merezca la pena y si quedaba alguno entre el *running*, el hipsterismo, el veganismo, *Juego de Tronos* o el último videojuego de turno lo han estropeado. Ahora solo nos queda una panda de inmaduros egoístas que no están dispuestos a hacer nada por nadie. Ni siquiera por ellos mismos. ¿Sabes una cosa? —Abril me mira atónita—. Quizá sea mejor ser como ellos. Yo hasta hoy creía en el amor, pero está visto que solo son un montón de tonterías. Es como intentar encontrar un jodido unicornio. Mejor será que lo deje por imposible y que empiece a comportarme como un tío.

»La vida según un tío, eso es, sin complicaciones, sin responsabilidades, yo, yo, y solo yo.

»Aunque dudo que pueda, dudo que pueda ser tan... despreocupada. Esto tiene que ser culpa del ADN. Seguro que la madre naturaleza, a pesar de ser una chica, nos ha jodido el ADN y las mujeres somos incapaces de comportarnos con la estupidez de los hombres. La pobre debió decidirlo así para evitar que la raza humana se extinguiera, pero, joder. Basta.

»Te lo juro, es que ni siquiera saben ser buenos amigos. Fíjate en Rubén, podría haberme dejado, las parejas rompen todos los días, pero ni siquiera me lo ha dicho a la cara. Se ha pasado meses viviendo a mi costa, le he aguantado las inseguridades por su trabajo, las broncas con sus padres, todo. ¿Y él se larga a hacer surf, a encontrarse a sí mismo, sin decírmelo, colgando una mierda de foto en Instagram? Espero que se encuentre y no se soporte. Y no es solo Rubén, en *Gea*, en la revista, todas contamos historias similares. Entrás en un ascensor y si hay una chica contigo lo más probable es que termine contándote que su chico, su pareja, su novio ha hecho no sé qué. Y lo aguantamos. Pues yo digo ¡basta! Estoy harta.

»Estoy harta de los hombres, ¿para qué los quiero? ¿Para qué me hacen falta? Para nada. ¿Para el sexo? Ni siquiera para eso son necesarios. Hay sistemas manuales, mecánicos, las pilas no fallan nunca y después no te humillan en las redes sociales.

—Los echarás de menos.

—¿A los tíos? No, qué va. ¿Por qué? ¿Por el sexo? —Me río sin ganas—. Eso es lo más fácil de solucionar y lo sabes.

—No es lo mismo.

—Mira, a pesar del mito, los hombres de este país no son buenos amantes. —Abril se atraganta y le sale bebida por la nariz. No me detengo a ayudarla porque ella lo tiene controlado, aunque en realidad parece más preocupada por el móvil que por salvar la camisa que lleva—. No lo son. Son aburridos, nada imaginativos, sosos. Lentos. Carcas. Vagos. No se esfuerzan en conquistarnos, en seducirnos.

No sé si nos tienen miedo, quizá sea eso. O quizá no les importa satisfacernos en la cama. Total, ya no nos satisfacen en ningún otro lado. Lo peor de todo es que o no lo saben o les da igual. Total, nosotras seguimos aquí, ¿no? Pues yo no, yo lo dejo. Estoy cansada de ser la única que se esfuerza, de buscar el lado bueno de las cosas, de tener ilusión, de intentar enamorarme. Basta. Los hombres de este país no se lo merecen. Ninguno merece la pena, ni dentro ni fuera de la cama. Las pelis y los libros románticos arrasan porque nos hacen soñar, pero en el fondo todas sabemos que nunca, nunca, nunca jamás encontraremos un hombre así. Y no lo encontraremos porque no existen. Punto. Al menos en este país. Y no me refiero a esos multimillonarios absurdos con látigos de pega, esos no. Me refiero a un hombre de verdad, uno con corazón, con cerebro, con agallas, con ganas de... no sé, de vivir, de echarte el polvo del siglo y después abrazarte y hacerte el amor durante horas, de gritar, de correr, de hacer de todo, pero contigo.

»Podría acostarme con un tío cada día, recorrerme el país entero, de norte a sur, de este a oeste, visitar todos los pueblos y ciudades de España y estoy segura de que no encontraría ningún tío normal. Ninguno que valiera la pena. En este país no hay ningún hombre que sepa ser un buen amigo, que sepa escuchar, que quiera escucharte, que esté dispuesto a seducirte y a echarte un polvo salvaje al mismo tiempo. No hay ningún hombre que sepa ser un buen hijo, un buen amigo y al mismo tiempo demostrarte a ti, a su pareja, que eres la única que le importa, que te desea con locura, que se excita solo con verte sonreír. Aquí no existe ningún hombre que sepa hacerte reír y que además te tome en serio. No hay hombres que quieran enamorarse apasionadamente y que estén dispuestos a luchar por ti. No hay hombres valientes, ni honestos, ni sinceros, ni nada de nada. Aquí solo hay niños de mamá, niños egoístas, narcisistas, adultos cobardes y vagos y sin sangre en las venas, ¡solo tienen horchata! No hay ningún hombre en este país que se preocupe más por dar placer a la

mujer que está con él que a sí mismo. No hay ningún hombre que no piense primero en sí mismo. Yo no soy el problema, como seguro piensa Rubén en su ridícula cabecita, yo no. Yo soy la solución y por fin veo las cosas claras. Lo dejo. Los hombres de aquí están tarados de fábrica.

—Estás exagerando, Candela.

—No, no estoy exagerando. Es la pura verdad y hasta podría demostrártelo.

—¿Cómo?

—Estoy segura de que si pusiéramos un anuncio o si hiciéramos un concurso buscando a un hombre que valga la pena en este país, no ganaría ninguno. *Ninguno*. —Bebo la copa de un trago—. Porque no existe. En este país no hay ningún hombre que valga la pena.

2

Después de la debacle de Instagram —he decidido llamarlo así— anulé los planes que tenía (ni loca iba a ir a cenar con los amigos de Rubén) y pasé la noche de Fin de Año en casa. Sola. Borracha y comiendo helado. Aún no sé de cuál de las dos cosas me siento más culpable. No, sí que lo sé. Me siento como una idiota por haber cedido a la autocompasión y no haber aceptado la invitación de Abril, y salir de fiesta con ella y sus amigos y me he prometido a mí misma que no voy a permitir que ningún otro «Rubén» me haga olvidar a mis amigos. Si mi familia hubiese estado aquí, seguro que papá y mamá me habrían arrastrado con ellos, o incluso Marta, Pedro y las niñas. Pero no están, papá y mamá han decidido por fin hacer ese viaje de jubilación, ese que llevaban años aplazando, y están en algún lugar del Caribe bebiendo cocos y aprendiendo a bailar salsa, por lo que mi hermana Marta cedió a pasar estas vacaciones en Asturias de donde es originario Pedro.

Minutos después de las doce me llamaron para felicitar me el Año Nuevo, pero solo un segundo porque mis sobrinas estaban desafinando y creando alboroto, así que pude despedirme sin explicarle a mi hermana lo que había hecho Rubén. Ella no lo mencionó y por primera vez agradecí que mi hermana mayor aún no hubiese conectado con las redes sociales. Tarde o temprano acabaría enterándose, y prefería que fuese cuando ya hubiese vuelto a Barcelona.

Los programas de televisión de Nochevieja son tan horribles ahora como cuando era pequeña, acabé cambiando de canal y pasando de una película mala a otra, y bebiendo, y comiendo.

Fin de Año cayó en sábado, típico de mí tener tanta suerte; así que estuve dos días sin tener que ir al trabajo, sin tener que ducharme, con la excusa perfecta para comer cereales a las tres del mediodía y acabarme una botella de Rioja con unas galletas.

El domingo tuve una epifanía.

No estaba enamorada de Rubén, no lo estaba y no lo estoy. Por eso estoy tan enfadada conmigo, porque nunca lo he estado, y porque me he autoengañado para estarlo. Rubén no es el primer hombre de horchata al que le he permitido entrar en mi vida.

Brindé por ello. Identificar el problema es dar un paso hacia delante, no soy una experta en la psicología humana, pero está claro que o no existen hombres que valgan la pena o yo soy incapaz de encontrarlos.

¿Ni uno en veintiséis años?

Imposible.

Aunque yo no me hubiese enamorado de él, de ese hombre perfecto, ni él de mí, habría sabido identificarlo. Lo habría admirado, habría ido tras él y probablemente habría envidiado a su pareja. Pero no, nunca he visto ninguno. Así que, tal como le dije a Abril, no existen.

Brindé por ello otra vez.

Por eso tengo tanta resaca.

Creo que dejé de brindar y de comer ayer a eso de las ocho de la noche, me quedé dormida en el sofá rodeada de revistas, cajas de Kleenex (porque muy a mi pesar había llorado de rabia), cuencos sucios, dos tazas, dos copas de vino (también sucias) y dos botellas.

Es un milagro que no llegue tarde al trabajo. Me he despertado de pura casualidad, los vecinos de arriba han hecho ruido al llegar a casa de sus vacaciones y he abierto los ojos. Lo primero que he sentido ha sido un horrible dolor de cabeza, que aún persiste, y después un ataque de pánico.

No puedo llegar tarde al trabajo.

He entrado en la ducha, no ducharme no era una opción después de estos dos días en chándal, creo que tendré que quemar la camiseta

que llevaba. Después de hablar con Marta y con papá y mamá dejé el móvil en la cocina. Apenas tenía batería y no tardó en acabarse del todo. No volví a conectarlo porque no tenía ganas de volver a rechazar a Abril, ella había insistido en que fuese a pasar Nochevieja con ella, o de atender la llamada de los amigos que probablemente me llamarían tras ver la foto de Rubén. Tampoco quería —quiero— volver a hablar con él. Rubén es tan idiota y tan egoísta que es capaz de llamarme desde donde quiera que esté para pedirme algo o para decirme que se ha dejado un jersey en casa y que se lo guarde.

He encontrado un jersey y una camiseta suyos que desde ayer por la mañana son trapos de cocina.

Supongo que hoy tendré que poner el móvil en marcha, aunque esperaré a llegar a la redacción de la revista, así tendré una excusa para no contestar. Me visto a toda prisa, me pongo mi uniforme para días desesperados: unos *leggings* negros, una camiseta blanca con unos labios rojos, mi americana negra y las botas negras, las planas. Con el dolor de cabeza que tengo hoy ni loca puedo mantener el equilibrio en tacones. Antes de salir me veo en el espejo que tengo en la entrada, tengo tantas ojeras que si quisiera tapármelas tendría que encerrarme en el baño dos horas de las que no dispongo, cojo las gafas de sol y salgo pitando.

Hay poca gente en la calle, los colegios aún no han empezado así que supongo que es normal. En días así me gusta ir caminando al trabajo, incluso a veces entro en una cafetería y desayuno un poco. Hoy no tengo tiempo, entro en la boca del metro y corro como una posesa. Sentada en el vagón, bajo la vista hacia mi atuendo, ¿tengo alguna mancha?, ¿he salido de casa con algo raro? Hay dos chicos frente a mí que no dejan de mirarme y no me están tirando los tejos, eso seguro.

Busco las gafas de sol, suelo reírme de la gente que las lleva puestas en el metro, pero cerraré los ojos y fingiré que estoy sola en el sofá. Oigo el nombre de mi parada, solo hay dos de mi casa a la sede del grupo Olimpo.

—Perdón. —Choco con una chica al abandonar el metro y ella levanta las cejas y me mira como si me conociera, aunque tal vez lo único que sucede es que está tan aturdida como yo. Al fin y al cabo es el primer día laborable del año y las dos tenemos la mala suerte de estar trabajando.

—No pasa nada —farfulla apartando la vista.

Será que le recuerdo a alguien, me habrá confundido con otra persona, razono mientras subo la escalera que conduce a Paseo de Gracia. Dos minutos más tarde cruzo la puerta de la editorial y sonrío al ver a Paco, de todos los guardas de seguridad que tenemos es el más amable.

—Feliz Año Nuevo, Paco.

—Ah... —¿Paco se está sonrojando? ¿Por qué me mira así?—. Feliz año, señorita.

Paco rozará los sesenta y es muy formal y educado, pero ahora mismo tengo la sensación que tuve cuando mi abuelo nos pilló a mí y a mis primos inspeccionando su cajón con viejas películas eróticas (unas cintas de vídeo que ya no funcionan en ningún aparato, pero que él guarda como recuerdo).

En la planta de la revista aún no hay nadie, puedo instalarme en mi mesa y retomar el dichoso artículo de los perfumes zodiacos. Si me doy prisa tal vez pueda terminarlo antes de la hora de comer, seguro que Marisa, en el caso de que hoy se presente a trabajar, lo hará por la tarde. Enchufo el cargador del móvil y lo conecto sin ponerlo en marcha para que se cargue, quiero aprovechar estos minutos de silencio que me quedan. La redacción de *Gea* será muchas cosas, y silenciosa no es una de ellas.

—¡¡¡Candela!!! Menos mal que estás aquí. —Abril aparece de repente—. ¿Dónde diablos te has metido este fin de semana? Te he estado llamando.

Corre hacia mí, lleva el pantalón de cuero rojo que se pone siempre que tiene una reunión importante.

—En casa. Tenía el móvil apagado.

No entiendo a qué viene tanta preocupación, ella me vio el viernes y antes de que me acompañase a casa le dije lo que tenía intención de hacer. Y escuché su sermón sobre que lo que tenía que hacer era salir y tirarme al primer tío bueno que pasase.

—Dios mío, la Virgen y todos los santos. Menos mal que te conozco y he venido a buscarte. Vamos, no tenemos tiempo. Nos está esperando.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando?

—¿En serio llevas esta camiseta?

Me tira de la mano, me pone en pie y apaga la pantalla de mi ordenador.

—¿Qué estás haciendo, Abril? Tengo que acabar este artículo.

—No, no, no, te aseguro que tienes que hacer algo mucho más importante. —Empieza a caminar y me arrastra por el pasillo hacia el ascensor—. Nos están esperando en la última planta.

Empiezo a sudar y el corazón se me sube a la garganta.

—Van a despedirme.

—No digas tonterías. —Creo que Abril intenta tranquilizarme, aunque la verdad es que no se le da muy bien. Aprieta tantas veces el botón del ascensor que solo consigue ponerme más nerviosa—. No van a despedirte.

—Ya sabía yo que tarde o temprano acabarían contratando a un *freelance* para hacer mis artículos. No son nada del otro mundo y Marisa me odia.

—Candela, mírame. —Me sujeta por los hombros y los zarandea un poco—. No van a despedirte.

—¿No van a despedirme?

—No.

Suena la campanilla del ascensor y veo que estamos en la planta de dirección. Solo he estado aquí una vez, cuando el director general se jubiló y nos «invitaron» por turnos a escuchar su discurso de despedida.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿A qué viene todo esto?

Abril intenta tirar de mí, pero clavo los pies en el suelo. Tengo un mal presentimiento y no pienso dar un paso más hasta que me dé una explicación.

—Prométeme que no te enfadarás conmigo y que después de la reunión dejarás que me explique.

—¿Qué reunión? ¿Que me expliques el qué?

Abril me mira a los ojos y suelta el aliento.

—Te llamé varias veces, incluso me planteé la posibilidad de regresar a Barcelona e ir a tu casa. Pero nadie quería irse y ya sabes que no sé conducir de noche.

—¿Qué está pasando, Abril?

Normalmente la costumbre de mi amiga de irse por las ramas no me molesta, pero hoy no estoy de humor.

—¿Te acuerdas del discurso que me soltaste sobre que el verdadero problema de este país es que no hay ningún hombre que valga la pena?

—¿En el bar? Por supuesto que me acuerdo —más o menos—, no estaba tan borracha.

—Te grabé, tenía el móvil en la mano porque acababa de mirar otra vez la foto de Rubén y... —suelta el aliento—. Estabas magnífica, tú nunca hablas así de nada, tan directa, sin tapujos.

—¿Me grabaste? —No sé si el final de su comentario ha sido un piropo o una crítica y de todos modos me he quedado alucinada con la primera parte—. ¿Por qué me grabaste?

—No solo te grabé. —Baja la vista y mira al suelo. Oh, Dios mío, ese gesto no puede presagiar nada bueno—. Prométeme que hablarás conmigo después de la reunión. Prométemelo.

—Está bien, te lo prometo.

No lo ha dicho, pero sé que si no hubiese obtenido esa promesa, Abril no habría seguido con el relato.

—Colgué el vídeo en mi Instagram. Quería que Rubén lo viera y que oyera todas esas verdades. Quería vengarte.

—Oh, Dios mío.

—No solo eso.

«¡No solo eso!»

—¿Qué más has hecho?

—En Instagram solo hay unos segundos... —Levanta la cabeza y me mira—. El vídeo entero está colgado en Youtube.

—Voy a vomitar.

Abril tiene cientos de miles de seguidores en todas partes. Empezó a tenerlos a raíz de salir en un programa de la tele y no sé por qué la sigue la gente, probablemente porque está loca y cuelga vídeos de sus ex mejores amigas a traición.

La cabeza me da vueltas.

Quiero estrangular a Abril y después salir corriendo y volver a mi casa.

—No, no vas a vomitar. Vamos a entrar en ese despacho —vuelve a tirar de mí y estoy tan perpleja que se lo permito— y vas a escuchar lo que Barver tiene que decirte.

—¿¡Qué!? ¿Cómo pretendes que vaya ahora a una reunión? Tienes que bajar ese vídeo de Youtube ahora mismo. Oh, Dios mío, ¿cuánta gente lo ha visto? ¡Tengo que llamar a mi hermana antes de que lo vea!

Me suelto la mano y giro hacia el ascensor.

—Lo han visto casi dos millones de personas. —Las palabras de Abril me detienen en seco—. Barver quiere hablarte de eso.

Oigo pasos y deduzco que mi amiga se está acercando a mí, tengo la tentación de darme media vuelta y darle un puñetazo o empezar a gritarle.

—Tienes que entrar, Candela. Rubén se portó como un cerdo egoísta y te utilizó y yo... ¡joder! Sé que le ha cagado, ¿vale? Tendría que habértelo consultado, tendría que haberte dicho que te estaba grabando y no tendría que haber colgado el vídeo sin tu permiso.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

¿Cómo es posible que la traición de Abril me duela más que la de Rubén? Mierda, estoy demasiado cansada y el azúcar y el alcohol que he consumido este fin de semana me está pasando factura; estoy a punto de llorar.

—Porque quería que ese imbécil te viese. Estabas magnífica, Cande. Tú no te fijaste, pero esa tarde, mientras hablabas de esa manera, todos los camareros del bar estaban pendientes de ti. Y las personas que ocupaban las pocas mesas que había llenas no podían dejar de mirarte. Tenías pasión, desprendías... Verdad. Sí, esa es la palabra, esa tarde fuiste la versión más auténtica de ti misma y quería que ese miserable de Rubén te viese y se arrepintiese de haberte hecho daño. Y, mierda, sí, confieso que también quería dejarlo en ridículo. En el vídeo, aunque al final, cuando hablas del sexo, no dices su nombre, dejas clarísimo que es mal amante.

—Oh, Dios mío, tienes que quitar el vídeo de Youtube ahora mismo.

—Aunque lo elimine de mi cuenta, ya lo han compartido cientos de veces, Cande.

—Mierda. Joder. Tengo que irme de aquí.

—¡No! Barver te está esperando, ayer intentó ponerse en contacto contigo y como no te encontró me llamó a mí. Sabe que somos amigas.

—Va a despedirme.

—No va a despedirte.

—Entonces, ¿por qué diablos quiere verme?

—No lo sé, pero me dijo que era muy importante y me juró que no iba a despedirte. Confía en mí.

Enarco una ceja.

—¿Que confíe en ti? ¡¿Has colgado un vídeo en Youtube en el que dejo a todos los hombres de este país de vuelta y media sin pedirme permiso y me pides que confíe en ti?!

—Vale, ya te he dicho que la cagué y que lo siento. Después de la reunión puedes echarme la caballería encima o puedes negarte a ha-

blarme durante el resto de la vida. Pero entra en ese despacho, Candela, por lo que más quieras. Puede ser la oportunidad de tu vida.

—¡Ja!, la oportunidad de mi vida. Eso tendría gracia. Mira, Abril, no pienso...

—¿No piensa qué, señorita Ríos?

La voz se interpone entre nosotras y Abril y yo nos giramos hacia el lugar de donde ha salido. A menos de un metro de distancia está Salvador Barver, director general del grupo Olimpo y el propietario del par de ojos más aterradoramente oscuros que he visto en mi vida.

—Hola, Barver —lo saluda Abril. Nunca he llegado a averiguar qué relación tiene exactamente con esa familia, aunque es obvio que no se limita a la de un empleado normal—. ¿De dónde sales?

—Buenos días, Abril. De mi despacho. —Tiene las manos en los bolsillos de los vaqueros. Creo que es la primera vez que lo veo vestido así, en las anteriores ocasiones iba con traje—. Os estaba esperando cuando os he oído hablar y... me he cansado de esperar. ¿Entramos en mi despacho? Me gustaría mantener esta conversación en privado.

—Por supuesto —responde Abril cogiéndome de nuevo la mano. Yo clavo los pies en el suelo.

—No —lo digo con tanta decisión que los dos me miran como si no se les hubiese pasado por la cabeza la posibilidad de que yo fuera a negarme. Ante mi sorpresa, y aunque me tiemblan las piernas, reafirmo mi postura—. No. No voy a irme a ninguna parte. Si va a despedirme, puede hacerlo aquí, señor Barver.

Él me estudia durante unos segundos, trago saliva y espero que no note que me tiemblan las piernas. Realmente no me merezco esto, estaba convencida de que mi cuota de humillación ya había llegado al límite con la foto de Rubén en Instagram. ¿Y si le digo que me voy? Tampoco puede hacerme nada, ¿no? Pero, ahora que lo pienso, ¿por qué va a despedirme? No recuerdo qué dije exacta-

mente en mi discurso contra los hombres, ¿mencioné el nombre de la revista?

Oh, mierda, lo mejor será que vaya a esta estúpida reunión y que... Él me sonrío. Me sonrío y su rostro se transforma por completo durante unos segundos.

—No voy a despedirla, señorita Ríos. —La sonrisa se ensancha—. En realidad, quiero ofrecerle un nuevo trabajo. —La sorpresa es evidente en mi rostro y él no finge no darse cuenta y sonrío aún más. Esta segunda sonrisa es distinta, se siente satisfecho de sí mismo—. ¿Vamos a mi despacho?

Gira sobre sus talones y no nos espera. Me gustaría irme de allí y dejarlo plantado, oh, cuánto me gustaría. Estoy harta de todos estos hombres, de todas estas personas que actúan como si el mundo girase a su alrededor y el resto de mortales estuviésemos a su servicio. Rubén también hacía esto.

Aun así, su última frase me ha dejado intrigada y quiero saber qué quiere decirme.

—Vamos, Abril. —Ella me sonrío aliviada al ver que acepto asistir a esa misteriosa reunión—. Pero después eliminas el vídeo.

Salvador Barver nos espera de pie frente a la puerta de su despacho. A lo largo de los años que llevo trabajando aquí apenas he coincidido con él, sé que los dos llegamos con pocos meses de diferencia y que él ocupó el cargo de su padre después de trabajar en distintas empresas ajenas al grupo. Tiene treintaidós años, está soltero y rodeado de un aura de misterio que, a juzgar por lo que he visto, le encanta. Es guapo, no tiene sentido disimular ni intentar explicarlo con eufemismos, es un guapo inteligente, como dice mi madre, es moreno, tiene los ojos oscuros y un estilo muy propio.

—Gracias por aceptar esta reunión, señorita Ríos —dice al cerrar la puerta.

Y parte de mi teoría de que es un engréido se desploma.

—De nada —farfullo—. Quiero saber qué está pasando.

Él camina hasta el escritorio y nos ofrece que nos sentemos en las dos sillas de diseño que hay delante. Me gusta que en la mesa haya papeles y un lápiz, siempre he desconfiado de la gente que tiene las mesas vacías.

—A lo largo de este año —empieza sin ningún preámbulo mientras teclea algo en el ordenador— las ventas de la revista *Gea* han descendido. En estos últimos meses se ha estabilizado, pero en la última reunión decidimos reducir la plantilla a la mitad. —Hace una pausa, sabe que esa última parte me ha cogido desprevenida, es lo que pretendía—. Con las ventas actuales no podemos justificar la plantilla actual. La decisión aún no era oficial pero sí inevitable, este 2017 iba a tener que despedir a la mitad de *Gea*, pero...

—¿Pero? —Estoy sentada al borde de la silla y tengo los nudillos blancos de lo fuerte que hundo las uñas en el cuero.

—Pero el sábado por la mañana vi su vídeo.

—¿Mi vídeo? ¿Qué tiene que ver mi vídeo con todo esto?

—Su vídeo, señorita Ríos, tiene... —Echa la silla hacia atrás y gira el ordenador portátil hacia mí, lo empuja un poco hasta dejarlo más cerca de mis dedos que se han deslizado hasta la mesa— ...el vídeo de su discurso tiene más de dos millones y medio de visitas y casi trescientos comentarios.

—Oh, Dios mío. —Tiro del ordenador hacia mí. Es la primera vez que lo veo y no soy capaz de centrarme en la imagen, solo veo que la cantidad de visitas no deja de aumentar y que los comentarios siguen subiendo—. Tienes que quitar el vídeo, Abril.

—No, todo lo contrario, señorita Ríos. Desde que Abril subió el vídeo, las visitas a la web de la revista han aumentado, usted menciona el nombre en medio de su discurso, y el ejemplar de diciembre se ha agotado. Hacía meses que esto no sucedía.

—Es... es imposible que tenga que ver con el vídeo. Es una casualidad.

Tira del ordenador y teclea de nuevo. Vuelve a girarlo hacia mí.

—En la web de la revista se han recibido más de cien correos preguntando por usted —señala unos gráficos—, y estas son las veces que alguien ha visitado su perfil como redactora y sus artículos.

—No lo entiendo.

—Todo el mundo habla de su vídeo, de su teoría sobre los hombres. Trago saliva y me queman las mejillas.

—Yo... pasará de moda. Dentro de dos días nadie se acordará del tema.

—Lo dudo mucho, en realidad, según mis cálculos irá a más. La velocidad a la que aumentan los comentarios y la cantidad de veces que se comparte por minuto así lo demuestran. Por eso hemos decidido hacer realidad su propuesta.

—¿Qué propuesta?

—La de hacer un concurso para encontrar a un hombre que valga la pena en España.

Tengo cara de pez, estoy segura. No sé si ponerme a reír o a llorar, o si levantarme y decirle al señor Ojos de Infarto que me largo.

—Yo no hablé de ningún concurso —consigo decirle al fin.

—Sí lo hizo. Hay un momento en el vídeo donde incluso dice que podría pasarse un año viajando por el país y no encontraría a ningún hombre que valiera la pena. La gente está entusiasmada con lo del concurso.

—¿Entusiasmada?

—Lea los comentarios. —Señala el ordenador con la mano—. Le advierto que hay unos cuantos de muy mal gusto, mi consejo es que se los tome con humor y que después los borre.

Carraspeo y noto que me sonrojo. No hace falta ser demasiado lista para imaginar a qué clase de comentarios se refiere. Una de las maravillas de Internet, supongo, la gente no tiene filtro. La cantidad de mensajes me abruma, él no ha exagerado, si tuviera que decir algo, diría que incluso ha sido cauto al hablar de números. Me topo con uno de esos comentarios, KenFollador se ofrece voluntario para de-

mostrarme lo que vale un hombre de verdad y asegura que «cuando termine conmigo tendré que darle las gracias». El sonrojo empeora y sigue subiendo la lista de mensajes. Otro capta mi atención, es de una chica llamada LunaDePapel123:

«Pues yo soy de Sevilla y mi hermano Lucas es increíble. Tiene veintiocho años, es profesor y voluntario en una clínica veterinaria para animales abandonados, y está como un tren. Tendrías que venir a Sevilla a conocerlo.»

Más adelante hay otro de PatriciaLopezGalicia:

«En Galicia no todos los hombres son perfectos, por supuesto que no, pero creo que has tenido una muy mala experiencia y no deberías ser tan cínica. Perdona, los gallegos somos muy directos. Yo estoy casada con un hombre muy majo y tengo un amigo al que me encantaría presentarte. A él también le dejaron de una manera muy humillante. Me matará cuando se entere de que he escrito esto. ¿Te vienes a conocerlo?»

—Hay cientos de comentarios como este —se atreve a decir Abril que desde que hemos entrado no me había dirigido la palabra—. Hay candidatos espontáneos y otros aparecen en comentarios de hermanas, amigas, cuñados, compañeros de trabajo. Todos quieren demostrarte que hay hombres de verdad.

Me froto la cabeza, empieza a dolerme. Todo esto es demasiado.

—Voy a tener que mudarme a Madagascar.

Salvador Barver no se ríe, el sonido que sale de su garganta es como un ronquido que en el estado en el que me encuentro solo sirve para que me ponga más nerviosa.

—No será necesario, señorita Ríos. Lo único que tiene que hacer es darle la oportunidad a toda esta gente que le ha escrito de demostrar que sí que existen hombres de verdad y no con sangre de horchata. Sí, creo que esa es la frase que usted utiliza en el vídeo.

—¿Qué quiere exactamente?

Aparto la mano de la cara para mirarlo.

—Quiero salvar la revista *Gea*, no quiero tener que reducir la plantilla, y para eso necesito algo que impacte, algo que lleve a la gente al quiosco a comprar nuestra revista cada mes sin falta. Y ese algo, señorita Ríos, es usted.

—¿Yo?

¿Tiemblo y balbuceo porque él me está mirando a los ojos, porque estoy asustada, porque todo esto me parece una locura, o porque sigo durmiendo y esto es una pesadilla?

—Aún tengo que convencer a la junta directiva y tengo que trabajar más los números, pero *Los chicos del calendario* son la solución. Si el concurso funciona dispondremos de un año para salvar la revista. Elegiremos un candidato para cada mes del año, obviamente serán de ciudades distintas. Usted irá allí y pasará el mes en cuestión con el chico del calendario...

Tengo que interrumpirlo. ¿De qué está hablando? ¿*Los chicos del calendario*?

—¿El chico del calendario?

—Pasará un mes con él, viviendo con él —sigue como si yo no hubiese dicho nada—, lo acompañará a todas partes; estará con sus amigos, con su familia, irá al trabajo con él. Dada la naturaleza de algunos comentarios de su vídeo —mi mirada confusa le obliga a especificar—, usted recalca varias veces temas sexuales, el límite de lo que suceda entre él y usted está completamente en sus manos. —Voy a insultarlo, lo sabe porque levanta la palma de la mano hacia arriba para detenerme—. Concluido el mes, usted escribirá un artículo sobre ese candidato que publicaremos en la revista y grabará un vídeo que colgaremos en un videoblog también de *Gea* y de pago, lógicamente, aunque compartiremos partes en las redes. Al final del año, en diciembre de 2017, usted elegirá a un ganador que se llevará el premio.

—¿Qué premio? ¿A mí envuelta en un lazo?

El sarcasmo no es su punto fuerte a juzgar por cómo aprieta el lápiz que levanta de la mesa.

—No, señorita Ríos, a no ser que usted así lo desee. El premio será económico, aún estamos valorando la cantidad, me imagino que fluctuará entre los cien mil y los doscientos mil euros. Contamos con convencer a nuestros anunciantes para hacerlo lo más tentador posible. Y cada mes, a medida que vayamos publicando artículos, habrá concursos y regalos para nuestros lectores. Pediremos que sean ellos los que propongan a los candidatos, aunque evidentemente la revista los revisará y usted y yo podremos vetarlos.

Tanta formalidad me está poniendo de los nervios. Si no lo he entendido mal, está proponiéndome que me pase un año recorriendo España conociendo un hombre tras otro —al menos uno al mes— en una especie de concurso cuando yo apenas hace cuarenta y ocho horas he decidido renunciar a los tíos y fiarme solo de los que funcionan con pilas.

—No voy a hacerlo. Es una locura.

Es evidente que esa posibilidad ni se le había pasado por la cabeza. El señor Barver me mira como si me hubiese vuelto loca y antes de decir nada, desvía la mirada hacia Abril en busca de confirmación o de ayuda, no estoy segura.

—No pienso hacerlo —repito.

—¿Por qué?

—¿Acaso es consciente de lo que me ha propuesto? No voy a pasarme un año viajando por España y cambiando de pareja una vez al mes. Es una... es una... es una... locura.

—En el vídeo dice que a partir de ahora va a comportarse como un hombre.

Entrecierro los ojos.

—No voy a hacerlo. —Me molesta no encontrar más argumentos, pero estoy tan enfadada y tan perpleja que no doy para más.

—Y nadie ha dicho que usted tenga que tener una relación con todos esos hombres, señorita Ríos. —Levanto una ceja, yo también sé hacerlo—. Eso lo ha deducido usted sola. Irá a la ciudad, conocerá al

candidato y escribirá el artículo en cuestión hablando de las virtudes y de los defectos del chico y de su experiencia con él.

—Yo no soy periodista de viajes y tampoco he hecho nunca una entrevista. —Mierda, he metido la pata. Esa respuesta no es un no y él lo sabe y se lanza cual león sobre su presa: yo.

—No quiero artículos de viajes y tampoco quiero entrevistas. La quiero a usted.

Mierda.

—No. Mande a otro, busque a una periodista estupenda. No, espere, ya lo sé. Busque a una bloguera de esas tan monas.

Se ríe.

—¿Lo ve, señorita Ríos? tiene que ser usted.

—Trátame de tú, el usted me está poniendo nerviosa.

—Tienes que ser tú.

Mierda.

—No puedo. —Trago saliva—. Encargue el reportaje a otra persona.

No puedo pasarme un año saltando de ciudad a ciudad, de chico a chico. «¿Por qué no?» Aun en el caso de que pudiera, lo que seguro que soy incapaz de hacer es compartirlo con el país entero. ¿Escribir un artículo mensual sobre mis experiencias durante ese mes? ¿Grabar un vídeo? Joder, no (si suelto tacos incluso en mi mente es que estoy histérica). Ese vídeo, que todavía no he visto, lo grabó Abril sin decirme nada. Si lo hubiera sabido, habría empezado a tartamudear y no habría dicho ni la mitad de la mitad de lo que dije.

—No quiero a otra persona, te quiero a ti. —¿Elige esas palabras adrede para ponerme más nerviosa? Porque si es así, está funcionando—. Si lo hace otro periodista o una bloguera mona como tú sugieres, la gente creerá que todo forma parte de una estratagema publicitaria y no funcionará. El vídeo se ha compartido tantas veces y tiene esa retahíla de comentarios por ti, porque la gente que lo ha visto ha conectado contigo.

Ha sentido lástima de mí.

—Mire, probablemente hay mucha gente que sueña con hacerse famosa o con salir en la tele. Pero yo no.

—No, tú quieres escribir. Quieres escribir una novela para ser exactos. Lo sé, me han pasado tu propuesta.

Mierda.

—Eso fue hace un año. —«Cuando tuve un ataque de valentía y mandé a uno de los sellos editoriales del grupo mi manuscrito»—. Y no tiene nada que ver con esto.

—Si aceptas este proyecto, te doblaré el sueldo y cuando termine publicaremos tu novela.

—Oh, es muy tentador. —Puedo sentir los ojos de Abril fijos en mí—. Y muy generoso, señor Barver, pero no me he negado porque quiera negociar con usted. Sencillamente no puedo hacerlo.

—Por supuesto que puedes. —La convicción que hay en su voz, el modo en que me mira casi me convencen, pero entonces él vuelve a abrir la boca—: Además, la continuidad de la mitad de la plantilla de la revista depende de ti.

Sí, todos los hombres son unos cretinos, unos manipuladores. Egoístas hasta la médula y retorcidos como ratas. No, ratas no, las ratas son demasiado buenas.

Le aguanto la mirada aunque se me retuerce el estómago y tengo la espalda tan sudada que la camiseta se me ha pegado a la piel. No lo conozco, pero algo me dice que no cederá ni un ápice y que no tendrá ningún reparo en hacerme sentir culpable. No puedo ser responsable de que despidan a la mitad de la gente que trabaja conmigo.

—No se atreverá a despedir a esa gente por mí.

Él levanta la ceja y la comisura izquierda del labio.

—He empezado la reunión diciendo que habíamos tomado la decisión de reducir la plantilla a la mitad. Este proyecto puede evitarlo, pero solo si tú estás al frente. Si lo rechazas —sigue antes de que yo le conteste—, tu continuidad en la revista tampoco tiene demasiado sentido, ¿no crees?

—¿Va a despedirme?

—Acabo de ofrecerte un ascenso, un aumento de sueldo y publicarte un libro cuando termine el año.

—Si acepto pasarme cada mes en una ciudad distinta con un hombre distinto y además escribo un artículo mensual y grabo un vídeo sobre ello.

—Cualquier periodista estaría entusiasmada con este proyecto. Este puede ser el momento más importante de tu carrera, de tu vida.

Desvío la vista hacia la pantalla del ordenador que aún tengo delante. Muevo el cursor por los comentarios y uno capta mi atención. No puede ser. ¡Esto podría salvarme! Es imposible que él esté de acuerdo con esto. Subo hacia arriba en busca de confirmación, tiene que haber otro comentario así, por favor. Uno. Dos. Tres. ¡Cuatro!

—¿Sucede algo?

Dejo de mirar la pantalla y vuelvo a mirar a Salvador Barver. Creo que puedo respirar, sí, voy a salir de esta.

—De acuerdo, acepto, pero con una condición.

—¿Qué clase de condición? Creo que te he ofrecido unas condiciones inmejorables.

—Cierto, y una de ellas es que yo podré elegir o vetar al chico con el que tendré que pasar el mes.

—Tú y yo. Los dos. Seremos los únicos con ese derecho.

—Está bien, ya sé quién quiero que sea el chico de enero.

—¿Quién?

—Usted.

Abril casi se cae de la silla. Durante esos minutos me había olvidado de que estaba aquí. Intento no sonreír, es imposible que Salvador Barver acceda a someterse a ese escrutinio. Él es famoso por haber huido siempre de la prensa y por ser extremadamente reservado, en plan incluso «loco de las montañas». Dirá que no y entonces no tendrá más remedio que echarse atrás porque si él se niega yo tam-

bién me negaré y ya no podrá insistirme. No me importa que el proyecto siga adelante, en realidad la idea, ahora que lo pienso, no es mala, es incluso divertida, pero que vaya otra.

Yo podré echarme atrás sin quedar mal (y sin perder el trabajo) y la plantilla de *Gea* estará a salvo.

—Entonces, Candela, será mejor que empieces a llamarme Salvador, ¿no crees? —Me tiende la mano—. Acepto, ¿cuándo empezamos?